

Suscripciones de Madrid
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

EL CASABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82
Barrio de Salamanca.SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 21 DE NOVIEMBRE DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

CARTA AL JÓVEN DE LAS CARTAS.

¡Hombre! veo que es Vd. por extremo aficionado á cartas, no sé si á las de la baraja también, y para dar á Vd. gusto le dirijo la presente, bien que me parece que Vd. tan aficionado á enviar cartas, no hace el mayor caso de las que recibe, que algunas debe Vd. haber recibido, como por ejemplo, las de Cabrera, aconsejándole que no sea Vd. tan tozudo y tan agreste.

Con una carta á su hermanito menor, que es buen pez, comenzó Vd. esta inícuo guerra, que le ha hecho á Vd. famosísimo en todo el Universo y sus alrededores, bien que la fama que con ese triste motivo ha logrado Vd., no tiene nada de envidiable, y despues de aquella carta varias son las que ha escrito Vd., siendo una de las mejores del repertorio aquella que no hace mucho dirigió Vd. á nuestro legítimo Rey D. Alfonso XII, con cuya carta ha conseguido Vd. revelar, aunque tenia interés en ocultarlo, el verdadero lugar de su nacimiento, que es seguramente el mismo en que vió la luz aquel portugués que gritaba hallándose en un pozo: «*Castesao*, si me sacas de aquí te perdono la vida;» y aunque la citada carta obtuvo la callada por respuesta, única que merecía, ahora parece que ha venido Vd. con otra cartita más por lo fino, bien que si dice lo que se dice que dice, le digo á Vd. en verdad que entre los que rodean á Vd. debe haber algun guason de marca mayor que quiere divertirse con Vd. y verle puesto en berlina.

Y si la carta no es inspiracion agena sino de Vd. mismo, fuerza es decir que está Vd. lo que se llama chiflado, y Vd. perdone el modo de señalar. Solo hallándose Vd. en ese estado, puede creer que aquí se vá á tomar en serio su proposicion de tregua mientras dura la guerra, que no hay, con los Estados-Unidos. Si la hubiera, España no aceptaría seguramente el apoyo de su mayor enemigo, que es Vd., como lo viene probando con su terquedad. Guerra hay en Cuba, y á pesar de que Vd. ha hecho lo posible para que no se pudiera enviar tropas allí, se han enviado y se enviarán más, al mismo tiempo que Jovellar ha concluido con los carlistas del Centro y Martínez Campos con los de Cataluña, y ahora se vá á concluir con los del Norte, de donde Vd. tendrá que salir pitando, según todas las señales.

Lo [de armar buques en corso, lo de tener seguridad de ceñir la corona de España, y lo de llegar usted con sus corsarios á los puertos de los Estados-Unidos, son baladronadas que harán reír á toda la Europa

culta ó inculta. Y aquí debo decir á Vd., que siento mucho que se haya Vd. aficionado á escribir cartitas de ese género, porque si dá Vd. en esa gracia, vá usted á hacer una terrible competencia á EL CASABEL, pues cosa que tenga tanto chiste, no la he de poder escribir yo en mi vida.

Paréceme que há padecido Vd. una equivocacion enviando esa carta ahora, en vez de enviarla hácia fines del mes que viene, el día 28, pongo por caso, que es el día los Inocentes. En ese día, ya sabe Vd. que son permitidas ciertas gracias, pero lo que es ahora, francamente, sólo á Vd. se le podía ocurrir desahogarse con tan peregrina misiva.

Aquí, y esto debe causar á Vd. viva satisfaccion, todavía no le conocíamos bien, y teníamos de Vd. un concepto mejor que el que Vd. se empeña en merecer, y desde que se supo la precipitada salida de su ayudante del *cuartel real*, siendo portador de un pliego para S. M. el Rey Alfonso, nos dimos á hacer conjeturas sobre su contenido, todas favorables á Vd., pues decíamos:—«Ya verán Vds. cómo este D. Carlos ha conocido su error, y escribe anunciando que depone las armas y se vuelve á su farmacia.» Esta suposicion general prueba á Vd. cuáles son los deseos de la mayoría de los españoles, y cuán benévolutamente le juzgan, cuando le han creído capaz de hacer esa hombrada, que sería prueba de cordura á la vez que de prudencia. Pero el olmo no dá peras; Vd. se ha propuesto hacerse célebre, y ya que no inserte anuncios como los del doctor Garrido, envía cada cartita capaz de regocijar al hombre más hipocondriaco y aburrido del mundo.

Pero vamos á ver, mi señor don Carlos, ¿á qué ha venido Vd. con esa cartita ahora? ¿Cree Vd. de buena fé que ha hecho algo con enviar esa cartita? ¿Le parece á Vd. que es propio de un hombre de sus pretensiones, enviar con tal aparato una carta que no es más en puridad, que una pitada? Y si no es una pitada, es una botaratada; y sino es botaratada, es una inocentada; y sino es inocentada, es una entuchada.

¡Oh! de seguro que no le hubiera venido á Vd. mal la suspension de hostilidades y el alejamiento de nuestros buques, para reponerse y recibir municiones y prepararse para volver á empezar; pero hijo, pasó ya la época de los tontos, y aquí no nos mamamos el dedo. Figúrese Vd. si tendremos gana de tregua, cuando vamos á enviar á Vd. la honrosa visita de muchos miles de honrados y valientes soldados del ejército español, á reducir á los fanáticos que todavía tienen el pésimo gusto de defender una causa tan per-

dida como la de Vd., y á obligar á Vd. á volverse á tierra extraña.

Segun veo en los periódicos, se ha dispuesto que no se dé curso en lo sucesivo á ninguna carta de usted, que sea por estilo de las dos con que ha divertido usted al mundo, pero yo voy á suplicar al Gobierno que permita venir sus cartas siempre que me las dirija á mí, y en esto me hará gran favor el Gobierno y usted me lo dispensará también muy estimable, porque la mar de CASABELES vendería yo, si tuviese tan buen corresponsal. Así pues, si Vd. quiere seguir escribiendo cartas, déme por Dios la preferencia, y le quedará sumamente reconocido. Una todos los domingos, escrita y firmada por el señor de Pretendiente, será más buscada que lo fueron aquellas escritas y firmadas por Roque Bárcia, con que asustaba á los *bons bourgeois* en esta córte, aquel cantonal federal chiflado, que, á lo menos, ahora se está quieto en París escribiendo su *Diccionario etimológico*, y no se mete con nadie. Enviéme Vd. esas cartas, y no se quede usted corto en decir tonterías, pues así serán más celebradas.

En fin, para no cansarme, concluyo, aconsejando á Vd., que se prepare á recibir á los soldados portadores de la contestacion á sus cartas, que van á probar á Vd. que España no puede tolerar más tiempo una guerra que no se funda en otro motivo ni pretexto que la ambicion y la soberbia de un señorito que se parece muchísimo á Vd.

Yo siento, Sr. D. Carlos, la mala sombra que tiene usted cuando escribe cartas y en todas ocasiones, pero es de aquellas cosas que no se pueden remediar. No hay más que tener paciencia.

Por lo demás, ya sabe Vd. que aquí no se le quiere, y que de ninguna manera soy su afectísimo, ni su atento, ni su seguro servidor, y que no beso á usted la mano.

ETCÉTERA.

¡AL NORTE!

Cataluña está pacificada, como lo estaba ya el Centro. El plan de campaña iniciado por los generales Jovellar y Martínez Campos, y terminado gloriosamente por este último, ha producido como resultado definitivo la pacificacion de un vasto territorio, en que los fanáticos sectarios del Pretendiente habian dominado largo tiempo y realizado los crímenes más

exterior á la ruptura de una presa. Ancho por abajo, hasta el extremo de dar cabida á tres hombres de frente, principiaba á estrecharse sobre la cabeza, en la forma de una bóveda hendida. Dentro de él era todo su aspecto el del arco roto de un puente romano. Porque á la opuesta extremidad, aunque cegada con abrojos como aquella, divisábase la claridad del día, el verde de los campos y aún el azul del cielo.

Don Carlos, que era valiente como buen español, penetró resueltamente en aquel antro y dijo:

—Muchachos, hay alguno de entre vosotros que conozca la existencia de esta lobera?

—No señor, mi teniente; ninguno, contestaron los guardias.

—¿Ni Vd. tampoco, tío Chapín?

—Tampoco—respondió el yeguarizo humillado.

—Corriente.—Pediré una cruz para el amigo Tralla. Pero vamos adelante. Ignorábamos la existencia de este paso, sin duda accesible á la caballería; pero á menos de ser unos zotes, no podemos ignorar á dónde conduce. ¿De lo contrario qué idea tuviéramos de la localidad?—Habla tú, Cadenas, que eres del país.

El llamado Cadenas reflexionó un segundo, dió un paso hácia adelante, y saludando marcialmente dijo:

—Mi teniente, si yo no me equivoco, daremos por aquí en la Cresta de la Garza.

Y retrocedió del mismo modo el paso que habia adelantado.

(Se continuará.)

blancura, las eusónicas tintas del mármol de Pharos.

El teniente le contemplaba enternecido: avergonzado Rafael.

El tío Chapín decía:

—¡Venga aquí toda la *historia natural* á ver el bicho de más *filosofía* que ha nacido de madre!

Don Carlos dió la orden, y principió la exploracion á pié.

Empero un muro de granito cerró en breve su paso.

Los hombres se miraron entre sí como perplejos, mas el amigo Tralla no pareció desorientarse.

Marchando diligente á lo largo del muro, como el hombre que sabe dónde vá, llegó á una mancha de apretada zarzamora que á su pié crecía, y cuyos brazos, enredándose al tronco de higueras salvajes y otras malezas, rellenaban las concavidades de una raja que desquebrajaba, al parecer, indefinidamente aquel hueso de nuestro planeta, baluarte inaccesible que se perdía en las nubes.

Tralla metió su hocico por debajo de la zarza, y desapareció.

Entonces exclamó el teniente:

—Aquí.—Franqueemos el paso antes que sea de noche.

Los guardias desnudaron los sables, pero á los primeros tajos encontraron abierto el camino. Toda la maleza seca que allí habia era artificial, es decir, que estaba colocada en aquel sitio artificialmente. El paso, que quedó entonces en descubierto, asemejábase en el

PÍLADES Y ORESTES.

CUENTO ORIGINAL

L. S. DE BARRAMEDA.

(Continuacion.)

Por supuesto que ya nadie pensaba en formacion: adelantábase uno en fondo y cada cual como podía.

Al cabó dijo el teniente:

—Alto! Es preciso seguir desmontados la persecucion. Sí, porque ese bravo animal no se equivoca: su cola se alegra, se aviva la pista... Pero diablo, diablo... ¿cómo han podido encamar á Cid hasta estas alturas? Demonio tiene el robador de Cid: mas ya le ajustaré las cuentas.

Los caballos, conducidos á una meseta inferior de fácil acceso, esperarían allí guardado el paso por la pareja que se quedó para su custodia.

Tralla estaba encantado de este arreglo. Con la lengua de fuera y encaramado sobre un trozo de roca de belleza artística, destacaba sobre el límpido azul, su extraordinario contorno, noble, espléndido, magnífico, realizado por la llama de su conciencia de perro, movido por el trabajo intelectual en su accion, que es el movimiento y la verdadera vida en las criaturas inteligentes.

El sol que descendía la segunda mitad de su carrera, iluminándole de lleno, daba á su piel, de indecisa

increíbles. Hoy no podemos ni debemos tratar en nuestro habitual y festivo tono este asunto, de honra nacional y trascendentales consecuencias para la dinastía y la libertad.

El general Jovellar—antes en campaña y hoy desde su gabinete—y el general Martínez Campos al frente de las tropas, secundadas por la inteligencia y el valor de oficiales superiores, valientes capitanes y sufridos y heroicos soldados, han conseguido estrechar á los enemigos, acorralarlos, asaltar sus fuertes, destruir su artillería, desorganizarles, perseguirles en todas direcciones y obligarles por último á pasar la frontera francesa como á Savalls, Dorregaray y Castells, ó á rendirse como á Lizárraga.

«La fuerza de las armas lo ha hecho todo,» dice con legítimo orgullo el general Martínez Campos; y esta importante declaración aquilata más y más el mérito de su empresa, porque significa que querer es poder, que la constancia triunfa de los mayores obstáculos, y que la disciplina y el valor de las tropas hacen inútil toda transacción con los enemigos de lo existente.

La república nos dejó el triste legado de un ejército rebelde, posesionado de numerosas plazas fuertes, dominando en una extensa zona y destruyendo en ella todas las manifestaciones del progreso moderno: la restauración ha realizado la reconquista de todo lo perdido en el Centro y Cataluña, y pronto, muy pronto, llevará la paz al territorio vasco-navarro, imponiéndole con las armas, ya que la obcecación de los rebeldes lo requiere así.

Pero antes de que este suceso se realice, llegará á Madrid el general Martínez Campos, á compartir con el general Jovellar los laureles del triunfo. ¡Honor á los héroes! Que el pueblo se asocie á una manifestación de entusiasmo hacia los dos caudillos, y que cumplido este patriótico deber, solo se manifieste un deseo y se escuche una frase: ¡Al Norte!

LAS PATRAÑAS GENEALÓGICAS.

IV.

LOS INFANTES DE MENESES.

Es tan redonda y tan mona la leyenda genealógica de los de este apellido, que no necesita comentarios, ni escólios, ni afeites.

Cuenta, poco más ó menos, el genealogista, que un rey de Leon tenía una hija de lo más guapo que uno se echa á la cara, y un mozo de espuela de lo más gitano que ha nacido de madre. El mozo no se atrevía á decirle á la infanta esos ojos tienes negros, pero con la pícaro intención de que la infanta se lo dijera á él, cantaba, tocaba, bailaba, contaba chascarrillos que hacían desternillar de risa, y en fin, hacia todas esas tunantadas que los chicos hacen para enamorar á las chicas. Como por aquellos tiempos era costumbre que las infantas tomaran la iniciativa en cosas de amores, como lo prueba aquello de

Gerineldo, Gerineldo,
mi camarero querido, etc.

sucedió que la hija del rey de Leon vino á parar á lo que el retunante del mozo de espuela buscaba, que fué decirle que estaba muerta de amores por él.

Es inútil contar lo hueco que se pondría el mozo con tal declaración, y los embustes que inventaría para hacer creer á la infanta que él estaba tan enamorado de ella, que se pega un tiro si la infanta tarda un poco más en sacarle de penas.

Una tarde dijo el mozo á la infanta:

—Mira, chica, me carga esto de tenernos que hablar siempre á mira quién viene, como sucede y sucederá mientras nos hablemos en palacio. Esta mañana he dado una vueltecita por el bosque, y me he acordado mucho de tí, porque está aquello que ni pintado para hablar á sus anchas dos que bien se quieran.

Y enseguida, el muy bribon, se puso á enumerar los encantos del bosque, y los enumeró de tal modo, que era cosa de echar á correr á tumbarse sobre el florido césped, cabe la cristalina fuente, á la sombra de los copudos árboles, en que los consabidos pajariños cantaban que se las pelaban.

Entusiasmada la infanta con aquella seductora pintura, entró en unas ganas atroces de dar un paseo por el bosque con el mozo de espuela de su padre, pero era el diantre que si los veían ir, se diría que si fué, que si vino, y ambos convinieron en que tenían que fastidiarse privándose de tan delicioso paseo.

El mozo, como era tan listo, encontró enseguida excelente medio de conciliarlo todo, que era dar el paseo de noche, cuando todos en palacio estuvieran ya en lo caliente; y enumeró de tal modo los encantos que de noche tiene el bosque para dos que bien se quieren, que la infanta se decidió á que aquella mis-

ma noche, cuando todos los gatos fueran pardos, se fuesen á pelar la pava á sus anchas en el bosque.

Mira, chica, dijo el mozo, me ocurre una cosa: para que en el bosque me parezcas una princesa, como realmente lo eres, y de las más retrecheras que yo he conocido, y no una de esas mozas de aparejo redondo que andan por los bosques, te debes vestir de toda gala como si asistieras á la fiesta más espléndida de la corte, porque deben hacer magnífico efecto las perlas y los diamantes con el rayito de luna que se desliza por entre las hojas de los árboles.

—Me parece buena la idea, y ya verás las perlas y los diamantes que llevo sobre mi alma, para que ni aún en el bosque deje de parecerme princesa.

—Chica, te quiero tanto, que quisiera me parecieras reina, porque princesa me parece todavía poco. ¿Quiéres hacer una cosa?

—Todo lo que tú quieras.

—Pues mira, á ver si le pescas el cetro á tu padre, y la diadema á tu madre y te los llevas al bosque, donde mi ilusión será completa viéndote con todos los atributos de la monarquía.

—No tengas cuidado, que esta noche meto mano á las alhajas de la corona y salgo de palacio hecha una ascua de oro.

En efecto, á cosa de media noche que es cuando suceden todas las cosas raras, la infanta salía de palacio hecha una ascua de oro, y llena de perlas y diamantes, acompañada del mozo de espuela de su padre, sin sospechar siquiera que aquel bribon pudiera hacerle alguna pillada.

Luego que llegaron á lo más intrincado del bosque y poetizaron un poco sobre la casta luna, el rumor de la fuente, el manso céfiro, etc., etc., el bribonazo del mozo de espuela quitó á la pobre infanta cetro, diadema, perlas y diamantes, y huyó con todo ello dejándola en el bosque, no diré como su madre la parió, pero sí en el estado que Vds. se pueden figurar.

La infanta, cansada de llorar y de decir perrerías del ratero (como, con la gracia que les caracteriza, han dado algunos periódicos de Madrid en llamar á todo ladron) pensó en lo que debía hacer y convino en que no podía volver á palacio sin que se le cayera la cara de vergüenza.

Andando de Herodes á Pilatos hasta que Dios amaneció, vió allí abajo, en medio de unos dilatados bosques, un lugarcillo, en el que sobresalía un palacio, que por más señas tenía enlutado el escudo de armas, y se encaminó allí porque no podía ya con su almado tanto llorar y andar por zancas y barrancas tiritando de frío y muerta de hambre.

Llamaban á aquel lugarcillo Palacios de Meneses y eran sus señores los de este apellido. La infanta, conforme se dirigía á allí, se entretuvo en idear cualquier embuste para excitar la compasión y ocultar su nombre y condición régia, y cuando ya hubo arreglado la cosa, se encaminó al palacio y llamó en él.

El señor de Meneses no estaba para cumplidos ni agasajos, porque hacia pocos días que se le había muerto su mujer á la que quería muchísimo porque era más enamorado que Cupido, pero aun así, recibió muy bien á aquella chica forastera que tan desconsolada como él se entraba por las puertas de su palacio contándole desgracias capaces de hacer llorar á las piedras; porque el buen señor dijo para sí, y dijo muy bien:

—Sería inhumanidad el dar con la puerta en los hocicos á una chica tan guapa y tan desgraciada como esta. No, señor, que se quede en casa y me acompañe á llorar, que llorando entre los dos nos tocará á menos.

Como la chica forastera era linda y querenciosa y habilica para todo, el señor de Meneses se fué aficionando á ella, y se casaron antes de un mes y tuvieron un niño muy hermoso, aunque nacido antes de tiempo, y vivían lo más felices que Vds. se pueden figurar.

El rey echó muy de menos á su hija, porque nadie acertaba á hacerle una tortilla como ella se las hacía. Un día, andando de caza para distraerse de la pena que le causaba la desaparición de su única hija, á quien quería tanto que no tenía valor para odiarla ni maldecirla, fué á parar á Palacios de Meneses, y una vez allí, quiso descansar y tomar un bocado en casa del hidalgo que allí moraba.

Cuando la infanta le vió, se quedó como quien ve visiones; pero se tranquilizó un poco considerando que no la conocería, porque se había quedado muy mejorada criando al niño, que era como un ternero á pesar de haber nacido antes de tiempo.

El rey era muy aficionado á las tortillas y preguntó si le podrían hacer una buena.

—Casualmente, le contestó el señor de Meneses, mi mujer, que tiene gracia para todo, la tiene especial para eso y le hará á V. M. una que se chupe los dedos.

Al rey se le saltaron las lágrimas acordándose de su hija al oír aquel elogio de la señora de Meneses, y

esperó con impaciencia la tortilla, que creía no fuese tan buena como las que hacia la infanta, por muy buena que fuese.

Sirviéronle la tortilla, que en efecto era cosa rica, y al partirla se encontró en ella un anillo que la infanta, aturdida, como naturalmente andaba la pobre, había dejado caer sin apercibirse de ello, y era uno riquísimo con las armas reales y la cifra de su padre, que este le había regalado el día de su santo.

—¡Calla, dijo el rey, á la cocinera se le ha caído el anillo en la tortilla al hacerla!

Y al ir á limpiarle con la servilleta para devolverse á la señora de Meneses, reconoció en él el que él había regalado á su hija, y empezó á alborotar la casa diciéndole que su hija estaba allí y quería verla y perdonarla y comérsela á besos y desternillarla á abrazos.

Entonces la infanta se presentó á su padre, se arrojó á sus pies, le contó todo lo que le había pasado, y el rey la perdonó y colmó de riquezas al señor de Meneses, cuyos descendientes, incluso el niño que había nacido un poco antes de tiempo, antepusieron á su apellido solariego el título de infantas, por todo lo cual el insigne *Gracia-Dei*, dijo:

Si quereis saber quién son
los de dorados pabeses,
hijos de la hija son
de Ordoño, rey de Leon,
y de Tello de Meneses.

ANTONIO DE TRUEBA.

HISTORIA DE UN POETA. (1)

(Continuacion.)

III.

Y así como lo pensó lo hizo.

A los cuatro días de anunciarme, que para ganar honra y provecho iba á dedicarme á escribir para el teatro, entró en casa con aire de triunfo y cara de hambre, diciéndome:

—Ya he escrito un drama.

Y cayó desmayado sobre una butaca.

Socorrile, y una copita de Jeréz y una taza de caldo le reanimaron.

—Dos días, me dijo, hace que no como y que no duermo; pero no importa, he concluido mi drama, y no estoy descontento. ¿Quiere Vd. oírlo?

¿Cómo podía negarme á oír el drama de un poeta que no había comido ni dormido en dos días?

—Sí, señor, le dije, le oiré con mucho gusto, pero antes de empezar á leer, voy á mandar que le traigan á Vd. dos pasteles y otra copita.

Mucho se resistió á aceptar este *piscolabis*, que era Lúcio en extremo tímido, tratándose de recibir algun obsequio, pero al fin cedió, porque le amenacé con que no oiría la lectura del drama, si antes no fortalecía su estómago.

Obedeció como un niño. El pobre muchacho me inspiraba vivas simpatías por su excelente carácter, por su candor, por su bondad.

¡Qué lástima, pensaba yo, que Dios, habiendo hecho un hombre tan bueno, tan honrado, tan angelical, le haya negado precisamente el génio!

En cambio brilla esplendoroso el génio en otros, que ni son buenos, ni honrados, ni utilizan para el bien un dón tan envidiable.

Comenzó la lectura del drama.

Tenia un acto dividido en dos cuadros. La acción era mitológica y de mucha novedad, según él decía.

Allí salía Júpiter, diciendo unos versos endecasílabos en la primera escena, en un estilo tan trabajoso y empalagoso, que daba fatiga de oírlos. Hacer aquellos *difíciles* versos, era indudablemente un trabajo más penoso que estar todo el santo día llevando espuelas de piedras.

—¡Cuánto habrá sudado este hombre, me dije, para hacer esa escena!

Seguía otra escena entre el potente Jove y Saturno, que era el traidor del drama; esta escena estaba escrita en octavas reales, y había tenido el capricho de que los dos pareados de cada octava fuesen agudos en á í ó y ú, lo cual me dijo que le parecía de una gran novedad en el teatro.

—En efecto, le dije, nunca he visto en los buenos autores ni en los malos, una escena semejante.

¿Qué es lo que se le contesta á un hombre que pregunta de esta manera.

—Sigamos, le dije, eludiendo así responderle.

Y siguió sacando á escena á Juno, á Marte, á Minerva y á todos los personajes mitológicos, y armando allí tal barahunda de venganzas, amores de con-

(1) Véase el número 44.

trabando, incestos y horrores de todo género, que ya me parecía oír la grito descomunal con que sería saludado el tal drama, si había, que no lo podía haber, empresario tan enemigo del público y de sí propio, que se atreviera á ponerlo en escena. Cada escena estaba escrita en distinto metro; había letrillas, ovillos, quintillas, redondillas, sonetos con estrambote y sin él, octavillas, tercetos, sáficos anodinos, digo adónicos, y en la escena última del drama salía Vénus de entre las ondas del mar, diciendo unas seguidillas.

—¡Cae el telón! dijo Lúcio, acabando de leer, ¿qué le parece á Vd.?... ¿No es verdad que es un género nuevo?... Si lo representan bien, ¿no es verdad que gustará?

—Diré á Vd., contesté sin saber qué contestar, yo encuentro que es una obra muy atrevida.

A los principiantes siempre les gusta que se les atribuyan atrevimientos.

—No es lo común que se vé en los teatros, y conviene... Déjeme Vd. ahí el drama.

—Lo vá Vd. á presentar á alguna empresa. Yo conozco al gracioso del Teatro Martín, y pudiera hablarle...

—No, no, déjeme Vd. ahí.

Pensaba yo que si el pobre Lúcio llevaba aquella obra á un teatro, sería el hazme reír de cómicos y autores, y quería evitarle esta humillación.

—Mire Vd., Lúcio, le dije, comenzar su carrera un joven con una obra de este género, no es conveniente. Esta obra debe representarse cuando Vd. haya adquirido en otras la autoridad suficiente para imponerse á las empresas y aun al público, en cierto modo, porque eso de imponerse al público, es más difícil de lo que se cree... Yo no sabía lo que me decía.

—Haré lo que Vd. quiera.

—Pues mire Vd., haga Vd. para empezar una obra ligera, de costumbres, cómica, con su pensamiento moral, sus chistes de buena ley; personajes copiados del natural; tome Vd. por modelo algunos que conocerá en el pueblo donde ha vivido, ó de los que vé y trata en Madrid.

—¡Hombre! tiene Vd. razón. Voy á hacerla.

—Pero medite Vd. el asunto, haga el plan...

—Ya lo tengo.

—¡Hombre!

—Lo que Vd. oye. Un viudo que se encuentra al mes de haberse casado, con que vive su primera mujer, que él creía haberla perdido ocho meses antes en el naufragio de un buque.

—No me parece mal.

—Y lo más interesante, es que cuando supone el marido que murió su mujer, ésta se hallaba embarazada de un mes, con lo cual viene á parir al mes de haberse casado el esposo y padre de la criatura con otra. Esto puede dar ocasión á escenas muy tiernas.

—Ya lo creo. ¿Y cómo piensa Vd. terminar la obra? ¿Morirá en el parto la primera mujer?

—No señor: el segundo matrimonio es nulo.

—¿Pues cómo?...

—Porque resulta que la segunda mujer es hermana del marido.

—¡Hombre de Dios!

—No se alarme Vd.; el viudo se casa por poderes con la segunda que está ausente, y antes que venga á reunirse con él, se averigua el parentesco.

—La moral queda á salvo. Eso me gusta.

El infeliz no pensaba más que dislates, pero con un entusiasmo, con una buena fé, con una convicción, con tan dulces esperanzas, que no había medio de resolverse á desengañarle cruelmente.

A los seis días me trajo escrita la comedia nueva, titulada: *El viudo y sus dos mujeres, ó el dedo de la Providencia.*

¡Y me la leyó!

CÁRLOS FRONTAURA.

(Se continuará).

EN LA PUERTA DEL SOL.

Hace pocas noches se veía un numeroso grupo de curiosos en el punto más céntrico de Madrid: en plena Puerta del Sol. Sus frases breves, entrecortadas y misteriosas, denunciaban algún suceso de la mayor trascendencia, y el observador que hubiera tratado de averiguarlo, habría tropezado con no pocas dificultades.

—¿Por donde? preguntaba uno.

—¿Quién lo sabe! La autoridad le sigue la pista.

—Pues ya verá Vd. como le deja escapar.

—¿Y era muy grande?

—Debía serlo.

Aquí el oyente supone que se ha cometido un gran crimen y que el agresor se ha escapado.

Entre tanto siguen los diálogos.

—¿Y era muy negro?

—¡Ya lo creo! Como el carbon.

Nuevo indicio: el asesino era indudablemente etiope.

—Lo más extraño del caso es, que se anunció con un mal olor insufrible.

La descomposición del cadáver era evidente.

—¿Pero volaremos? preguntaba una vieja.

Sin duda la interpelante era sorda y suponía que se estaba tratando de la navegación aérea.

—¿Qué disparate! le responde un caballero que hay á su lado: esto se ve todos los días: es una fuga simple.

Comprendido: un suceso habitual, una fuga... Algunos presos del Saladero: no puede ser otra cosa.

Una cuadrilla de trabajadores se presenta en esto y empieza á desempedrar la Puerta del Sol.

—¡Ciertos son los toros! exclama al verlo un vecino de la calle de la Montera; barricadas, revolución, grupos... Corro á buscar las colgaduras y el retrato de Ruiz Zorrilla, para colocarlo en medio de la colcha bordada... entre dos farolitos.

Un dependiente del tram-vía á otro:—Te advierto que están cortadas las comunicaciones de la Puerta del Sol.

Un carlista, frotándose las manos:—¡Castells sin duda con su partida! Mañana, el sol alumbrará la entrada de nuestro Rey en el Palacio de sus mayores. Ya lo dejaba sospechar el número último de *El Cuartel Real*.

Y, sin embargo, el suceso no podía ser más natural; una fuga del gas del alumbrado en dirección desconocida y subterránea; y las consiguientes precauciones para evitar cualquier desgracia.

Desilusión completa por parte del público, que esperaba por lo ménos alguna impresión excepcional, tal como ver volar el ministerio de la Gobernación con empleados, legajos, pretendientes y candidatos á la diputación.

—¡Una solución perdida! habrá exclamado el moderantismo intransigente, al ver que no volaba el ministerio.

La verdad es que reclama nuestra admiración el gas, que ennegrece todo á su paso, y que al consumirse esparce grata claridad; que vive encerrado, y muere en cuanto sale al aire libre; que recorre á Madrid en todas direcciones, modesto, como lo es siempre el mérito verdadero y que al salir á la superficie se vé obligado á iluminar bailes inmorales, comidas políticas, comedias absurdas y hasta las manifestaciones más repugnantes del vicio.

La ciencia ha realizado el prodigio de confundir la noche y el día, y permitir que los ladrones puedan ejercer su industria con la posible comodidad, á la luz de un farol de gas.

Pero algunas veces el gas se cansa de su misión pasiva, y se resiste á iluminar á los mortales: se fuga de su prisión y es cojido muy en breve. ¡Sin duda debe ser de peor condición que los criminales más empedernidos!

Para variar un poco de postura, los grupos de la Puerta del Sol dejan de mirar algunos ratos á la tierra ennegrecida por el contacto del gas, y se fijan en la bola dorada que existe en el reloj del Ministerio y que dicen que se eleva al medio día en punto.

Con efecto, algunos días han pasado las doce y la una y las dos, y la bola quieta que quieta, sin lanzarse al *pielago inmenso del vacío*, como diría Quintana. ¡Quién hace caso de una bola!

En cambio el reloj suele dar la una con doce campanadas.

Un extranjero tomaba hace días en la Puerta del Sol unos apuntes ó *berbetes*, como dicen los académicos de la española.

«Madrid—escribía mirando el piso desempedrado—está edificado sobre tierra negra y sus aguas son completamente amarillas. Un magnífico surtidor ocre se eleva de la fuente de la Puerta del Sol y cae abundantemente fuera del pilón. Los madrileños se muestran tan orgullosos de sus aguas, que no quieren que su fuente principal se limite al pilón. He leído en *La Correspondencia*, que una vez se cogieron en dicha fuente veinte arrobas de pescado, suceso verdaderamente extraño y digno de perpétua memoria, como el de la ballena del Manzanares.»

Vaya Vd. á convencer á dicho extranjero de que aquí el gas camina por entre la tierra más que por las cañerías; que lo que sale del surtidor de la fuente es barro y no agua y que las veinte arrobas de pescado,

cogidas en el pilón, habían sido arrojadas previamente por algún pescadero que abandonaba el comercio.

Dos frases cogidas al vuelo en la Puerta del Sol.

—Las mujeres, decía una modista á otra, no tenemos más que una carrera: la del matrimonio.

—Pues, ¿y la de San Jerónimo? le replicó su compañera.

La segunda frase no es menos triste, y la escuché el día de San Eugenio (en que los madrileños observan la costumbre tradicional de comer bellotas) á un escritor de la bohemia moderna.

—¿Vamos al Pardo? le preguntaba un amigo.

—Imposible: ayer me escapé de sus asilos.

Colocado en el sitio que se indica á la cabeza de este artículo podría prolongarlo indefinidamente; pero como esto sería privar á los lectores de más sabrosos escritos, me concretaré á recordar á los aficionados á la Puerta del Sol, que hace meses se publicó acerca de la misma un libro titulado: *Viaje crítico*, con la firma de

M. OSSORIO Y BERNARD.

CASCABELES.

Ven Vds. cómo se las ha compuesto la empresa de baile titulada «El Pensamiento» para decir que todo billete de entrada irá acompañado de otro para la rifa! La cosa era difícil si las hay, pero ¿qué dificultades no vence el ingenio? Pues la empresa del «Pensamiento» ha vencido esta peliaguda dificultad diciendo: «Toda persona que tome billete irá acompañado de otro para la rifa.» ¡Luego dirán que los bailarines tienen el talento en las piernas!

Por supuesto, Vds. querrán saber lo que piensan de las corridas de toros las jentes que en América tienen nuestra sangre, nuestra lengua y nuestras costumbres. Pues oigan Vds. cómo se explica un periódico de Buenos Aires.

«En el pueblo de Gualaguaychú tienen lugar corridas de toros en un circo que se ha formado en aquella localidad. Nos duele ver que en la República Argentina se verifique una diversión tan salvaje. Por honor del pueblo entrerriano, no debía permitirse que tengan lugar escenas tan repugnantes. Estas diversiones podrían presentarse entre los habitantes de la pampa, pero en una sociedad culta como la de Entre-Ríos, son incomprensibles y repugnantes. Es altamente vergonzoso para los vecinos de Gualaguaychú y para el Entre-Ríos todo, que ese género de diversiones sea permitido. El alto grado de civilización que hemos alcanzado, lo rechaza como indigno. Es de esperar que las autoridades de Entre-Ríos no permitan que en adelante se celebren espectáculos tan salvajes.»

Esto no necesita más comentarios que ponernos como la grana los de Gualaguaychú y los de Madrid.

Dice la *Política*, que cree que el Sr. Topete se ha retirado definitivamente del partido sagastino, guardando íntegra la bandera de la Constitución de 1869. Que se la guarde y la empapele, ya que tanto le gusta. Por eso no se afigurará nadie.

—Los Constitucionales han presentado una nota de los agravios que se les han hecho. Esto es muy grave.

—¡Hombre! ¿por qué?

—Si señor, son gente temible, duchos en la intriga, hábiles para atraerse voluntades, pródigos en promesas. Eso de los agravios puede traer cola.

—Nó, hombre, nó, si lo que han hecho es un memorial.

En un punto muy céntrico de esta Corte, donde tiene su despacho un memorialista, hay un cartel que dice: *Se escriben memoriales*; y un chusco puso el otro día á continuación, *de agravios*.

Y así ha estado dos días el cartel, hasta que lo vió un sagastino, y presentó al memorialista el memorial de este nuevo agravio hecho al partido.

Durante la semana última, las aceras de la Corte han estado llenas de forasteros y he escuchado las más variadas conversaciones... sobre el mismo tema.

Don Práxedes por arriba, D. Práxedes por abajo, que si fué, que si vino, que si encargó ó dejó de encargarse tal ó cual cosa; que si Demóstenes valió más que D. Práxedes ó D. Práxedes dejó pequeñito á Cicerón; que si esta semana ó la próxima ocupará el poder; si hará ó no hará las elecciones... Hé aquí un ligero resumen de las peroraciones de transeúntes y sagastinos.

Los hombres verdaderamente amantes de la dinastía aplauden la conducta de los que, prescindiendo de sus escrúpulos revolucionarios, se colocan resueltamente al lado del trono, y no tienen para nada en cuenta sus nombres ni su procedencia. El país, ansioso de paz y convencido de que las revoluciones solo consiguen desgarrarle y perderle, celebra que los revolucionarios de ayer reiteren su adhesión al monarca, aun cuando tenga que sufrir para ello funciones en el Circo de Rivas y banquetes en Fornos. Pero, que no se llamen *sagastinos*; que tengamos partidos y no

tertulias de unos cuantos hombres; que no haya que dar la razón al autor anónimo de la siguiente copla:

Por si eran pocas las plagas
que halla España en su camino
corren por ahí voces vagas
de que triunfa el grupo sagas-
fino.

En hora buena que nuestros cajistas hayan puesto en el artículo *Los sabios*, publicado en el número anterior, preponer por proponer, *subjetivismo* por *subjetivismo* y otras erratas de menor cuantía; pero lo que no puede pasar es que hayan dicho que los académicos *gastan* y *derrochan* en sus sesiones, cuando lo que dijo académicamente el autor del artículo es que *garian* y *deronchan*.

Sin duda los cajistas que tal hicieron tenían *argüello* ó padecían algún *embausamiento*; pero no se asusten; nuestro amigo y colaborador Osorio les concede su *alaña*, con tal de que no ocurra *condecabo*.

Dice *Le Correspondencia* que un ama que ha criado tres niños en una casa solicita criar otro.

Yo creo que en lugar de anunciarlo al público pudiera habérselo dicho á los padres de los tres niños, que, por las trazas, no hubieran dejado de atender su deseo.

El mismo periódico ofrece un *profesor de repaso*.
De repaso.... ¿á qué facultad pertenece esa asignatura?

El jueves dió á la prensa en Lardhy, el incansable defensor de la integridad nacional, Sr. Ferrer de Couto, un espléndido banquete de despedida.

El Sr. Ferrer de Couto vuelve á América á continuar su patriótica empresa que nunca le agradecerá bastante la patria, por mucho que se la agradezca. Dios le siga protegiendo en su nobilísimo empeño.

El Siglo Futuro dijo en su número del martes, que *si en cada pueblo hubiera un jesuita, el mundo se convertiría en un paraíso*.

Y añade el periódico, pintando los efectos producidos por una misión en los habitantes de ámbos sexos:

Todos nos damos
de corazón
nuestros abrazos,
nuestro perdon.

—¿Y la moral, joven, y la moral?

Un proyectista ha inventado una fórmula para hacer la felicidad de los españoles: trabajar la tierra, arrendar las minas, armar cincuenta mil guardias civiles, desarmar tres cuartas partes del ejército y reirse de la política.

A *Democracia* de Lisboa, dice en uno de sus últimos números, después de dar la noticia de que en un teatro de aquella capital se está representando *Los diamantes de la corona*, que los actores encargados de su desempeño se han visto en la precisión de hacer españoles á los personajes portugueses por *altísimas razones de verosimilitud y patriotismo*.

¡Cuando digo á ustedes que rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios!

No es, no la crismela decemlineata
Animal que se nutre de la patata,
Ni la horrible langosta, ni el filoxera
Ni el pulgon de las viñas lo que se espera.
Lo que se está esperando con impaciencia
Es un trozo de estilo de su Excelencia,
Un pedacito en prosa de un nuevo idilio
Que llaman manifiesto de don Emilio.

Acaba de publicarse en casa del Sr. Bailly-Baillie, el último cuaderno del tercer tomo del *Tratado de Medicina y Cirujía legal*, de D. Pedro Mata, en el que el autor se ocupa extensamente de las cuestiones relativas al homicidio y lesiones corporales, las relativas al infanticidio, al suicidio y á la falsificación de los escritos.

Parece que el maestro Offembach trata de hacerse con una copia de la carta de D. Carlos, para ponerla en música.

Dará grandes entradas al teatro de los Bufos.

Un periódico calificó no ha mucho al Sr. Echegaray, de *Calderón mejorado*.

Un libro moderno compara al Sr. Larra, con Lope de Vega.

Por Dios, señores, ¡tengamos la fiesta en paz con los muertos!

El popular compositor D. Francisco Asenjo Barbieri, ha contraído matrimonio.

Le deseo una vida muy larga de completa felicidad.

Varios propietarios del barrio de Salamanca, quieren que se trasladen al mismo las oficinas de la Administración económica.

Os veo, besugos; queréis que para estar cerca del sitio donde se cobra, se muden al barrio también las huérfanas y viudas, como lo harían si allí se trasladase la Administración económica.

Cada santero pide para su ermita.

Dice un periódico:
«El ratero que robó las alhajas á un tenor en Barcelona, fué una muchacha.»

Un ratero muchacha es cosa nunca vista, á no ser que haya sido muchacha antes de ser ratero, como parece desprenderse del suelto.

Otra vez se anuncia que Castelar está escribiendo un manifiesto para explicar su actitud.

Mire Vd., Sr. D. Emilio, no se moleste Vd. en explicar su actitud. Escriba Vd. cosa de más provecho.

Como escritor, como orador, como amigo, es usted excelente en todos conceptos, pero como político, nos ha partido Vd. por el eje.

Déjese Vd. de manifiestos, hombre.

El domingo riñeron una joven y un artillero en Chamberí. La joven llevó la peor parte, y lo deploro, porque en un combate entre un artillero y una joven, aquel merecía haber sido vencido, porque un artillero no debe reñir nunca con una joven, sino camelarla y quererla hasta allí.

En Syracuse se ha celebrado un Congreso de señoras, y se ha tratado del periodismo, decidiéndose declarar que los hombres no saben llenar los más altos deberes del periodismo.

Hasta ahora sí que no nos han puesto colorados las señoras. ¿Con que no sabemos cumplir los altos deberes?..

¿Y Vds. saben coser, remendar y freir patatas?..

En París se ha formado una sociedad, cuyos individuos se comprometen á hacer constar en su testamento que legan sus cadáveres á las salas de disección para que la ciencia les estudie.

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Bien se les podía haber ocurrido á esos señores regalar sus cadáveres al Dr. Velasco, que tanto ha solicitado que se le concedan muertos para la enseñanza en su magnífico Museo, y enviarlos francos de porte.

El drama *Hermenegildo*, del Sr. Sanchez de Castro, estrenado el martes en el Circo, obtuvo un brillantísimo éxito merecido en verdad, porque el drama abunda en escenas de gran efecto, está escrito con calor y con corrección, y el argumento es simpático en extremo. Damos la más cumplida enhorabuena al autor por el gran éxito de su obra.

La señorita Boldun ha logrado un gran triunfo en este drama; es imposible caracterizar mejor la nobilísima figura de la esposa de Hermenegildo, y el señor Calvo, en la interpretación del carácter del Rey Santo tiene momentos de verdadera inspiración, sobre todo en el acto tercero, en que conmueve al espectador más frío é indiferente. Felicitamos también á estos dos notabilísimos artistas, honra de la escena española.

En el teatro de la Comedia se ha representado estas noches, perfectamente bien, la preciosa comedia de Breton, *El pelo de la dehesa*, siendo los honores de la representación para la señora Valverde y el señor Mario.

Creemos que haría muy bien el Sr. Mario en poner en escena otras obras de aquel insigne ingenio. El público se lo agradecería.

Días sin sol, se titula un nuevo libro de nuestro querido amigo D. Vicente Barrantes, que acaba de publicarse. Contiene este libro preciosísimo, destinado á lograr un éxito inmenso, las poesías que escribió el autor en la época revolucionaria al presenciar las tristes escenas que todos recordamos, y oír y leer los dislates de todo género con que se engañaba á los ignorantes, poniendo á las clases trabajadoras y á la nación entera al borde del abismo. Estas poesías están escritas con tal convicción, con tan recta, cristiana y patriótica intención, con tal vigor, que no es posible dejar el libro sin leerlo desde el principio hasta el fin.

El libro del Sr. Barrantes es una obra excelente y una buena acción.

Termina el libro con una hermosa carta al autor, escrita por nuestro colaborador D. Antonio de Trueba, que es en verdad digna del libro, y será leída por el público, que tanto quiere al popular *Anion el de los cantares*, con la misma satisfacción que las poesías que la preceden.

Días sin sol, en fin, es uno de esos libros que todas las personas ilustradas, todos los que tienen buenos sentimientos, todos los amantes de la buena literatura, se apresurarán á adquirir y á leer. En él hay mucho que admirar.

Señores:

La verdad es que los constitucionales y los radicales son unos caballeros que saben mucho, pero para mí entre ellos y el Sr. Vinyas, catalán establecido en Reims, no existe punto de comparación, porque aquellos, con la mejor intención, no dan más que desazo-

nes, pero el Sr. Vinyas dá al público que lo paga, un Champagne espumoso, delicioso, hermoso, gustoso y sabroso, que recomiendo á los aficionados que tengan dinero. He dicho. El que no lo pruebe hoy lo probará mañana, y el que no lo pruebe nunca, se irá al otro mundo sin saber lo que es bueno.

Dicen que el marino—general Topete—al partido hermoso—del grandilocuente—Práxedes Sagasta—ya no pertenece.—No me importa un pito,—y lo digo á ustedes—por decirles algo—del señor Topete.

Ya los constitucionales—sus agravios expusieron—con el respeto debido—el jueves al Ministerio.—Parece que el gran agravio—que á los señores se ha hecho—es no dejar que ellos solos—formen siempre aquí el Gobierno.—Que les den, pues, las carteras,—puesto que ese es su deseo.—Boca abajo todo el mundo,—y no les incomodemos.

ANUNCIOS.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA

POR D. C. FRONTAURA.

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid. 40 reales.

» » en provincias. 50 »

Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administración,

Plaza de Matute, núm. 2, librería.

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACION

PARA 1876.

Se acaba de publicar este precioso libro, que contiene lo siguiente:

Santoral completísimo.

Juicio del año, por Frontaura.

1875 — por....

El Fastidio, por el Conde de Fabraquer.

Sonetos, por Perez de Guzman.

Discusion al aire libre, por Fernandez y Gonzalez.

Enseñanza agrícola de España, por Alvistur.

Soneto, por Rossell.

Sonar despierto, por Guerrero.

El poeta Lebid, por Soriano Fuertes.

Memorias del Tirol, por Jerez Perchet.

Pensamientos, por Palacio.

Sumaria noticia de las Provincias vascongadas, por Trueba.

Don Giovanni, de Mozart, por Esperanza y Sola.

¿Qué es el amor? por Porset.

El director de LA EPOCA, por Guzman.

La bendición, por Catalina.

La aldeana, por Elvira Solís.

A Quededo, por Palacio.

Poesías de Sepúlveda.

Mi ambicion, por Jimenez Delgado.

Catálogo curiosísimo de periodistas españoles desde el año de 1600 hasta 1875, notable trabajo del señor Perez de Guzman.

Este ALMANAQUE, lleno de grabados de primer orden, impreso en magnífico papel, es el mejor de los que se publican en España.

Los suscritores de EL CASCABEL que quieran recibirlo de regalo, no tienen más que renovar su abono por todo el año '76: los de Madrid, en la administración, Plaza de Matute, 2; y los de provincias, remitiendo el importe de la renovación en libranzas ó sellos, á nombre del director de EL CASCABEL, sin más señas, y lo recibirán á vuelta de correo.

LIBROS

INTERESANTE A LA EXPORTACION

PARA ULTRAMAR,

LIBREROS Y AGENTES COMERCIALES.

Cuadernos de caligrafía por el profesor D. Enrique Bover, sexta edición notablemente aumentada; colección de 25 elegantes muestras con excelentes máximas para la juventud en hermosos y variados caracteres de adorno.

Véndense en la librería de Hernando, Arenal, 11, único depósito.

LA FUNERARIA.

PRECIADOS, 70.

DESPACHO DIA Y NOCHE.

Casa especial para toda clase de servicios y construcción de efectos fúnebres. Diligencias civiles y colonias, cas, embalsamamientos, exhumaciones, traslados á provincias y al extranjero por coches especiales construidos al efecto.—Se administran gratis toda clase de permisos, regamos al público nos comunico antes de adquirir ningún compromiso.

IMPRENTA DE EL CASCABEL,
Calle del Cid, núm. 4, (Recoletos.)